

F 10  
362

**ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA**

**CARMEN PEREZ APARICIO**

**LA GUERRA DE SUCESION EN EL PAIS  
VALENCIANO**

**(Resumen de Tesis Doctoral)**



**SECRETARIADO DE PUBLICACIONES, INTERCAMBIO CIENTIFICO  
Y EXTENSION UNIVERSITARIA**

**1973**

**N.º 147**

F 10  
362

**CARMEN PEREZ APARICIO**

# **LA GUERRA DE SUCESION EN EL PAIS VALENCIANO**

**(Resumen de Tesis Doctoral)**



R. 34.00-1

Depósito Legal V. 4894 - 1973

---

Imprenta VICENTE TARONCHER - Escuela del Temple, 1 - Tel. 31 92 33 - Valencia-3

## **T R I B U N A L**

**PRESIDENTE: Dr. D. Julián San Valero Aparisi.** Catedrático de Prehistoria e Historia Universal Antigua y Media. Universidad de Valencia.

**VOCALES: Dr. D. Juan García González.** Catedrático de Historia del Derecho. Universidad de Valencia.

**Dr. D. Juan Reglá Campistol.** Catedrático de Historia de España Moderna y Contemporánea. Universidad de Valencia.  
Director de la Tesis Doctoral.

**Dr. D. Pedro Pérez Puchal.** Catedrático de Geografía. Universidad de Valencia.

**Dr. D. José Manuel Cuenca Toribio.** Catedrático de Historia Universal Moderna y Contemporánea. Universidad de Valencia.

Realizada la presentación y defensa de la Tesis en fecha 15 de diciembre obtuvo la calificación de **Sobresaliente cum laude.**

La historiografía viene poniendo de manifiesto cada vez con más claridad el marcado carácter de contienda social que revistió en Valencia la sublevación austracista, en la que se plasmaba no sólo la negativa a cualquier tendencia centralizadora de tipo francés —proceso que por otro lado se había puesto de manifiesto con los proyectos uniformistas de Olivares— sino también los deseos de los campesinos de volver a plantear las reivindicaciones señoriales que unos años antes se habían visto frustradas con el fracaso de la llamada **Segunda Germanía**. En este sentido aparece claro que los acontecimientos de 1693 son el precedente inmediato de la revolución de 1705, pero lo que los historiadores han olvidado, cuando no descuidado, es el estudio de los primeros años del siglo tan decisivos y cruciales en lo que respecta a Valencia. Era pues necesario abordar por primera vez, y esto constituye el primer capítulo de nuestro trabajo, el análisis de este período para comprender el triunfo de la causa austracista y fundamentar el carácter no sólo político sino social y económico de sus motivaciones.

Estos años coinciden en líneas generales con el virreinato del marqués de Villagarcía que tuvo que hacer frente ya en 1700 a los primeros indicios de intranquilidad en el campo cuando los vasallos de la baronía de Algimia, en el pleito que se seguía para su posesión, decidieron tomar partido por uno de los pretendientes que se había mostrado dispuesto a mejorar las condiciones establecidas en las cartas de repoblación. Un año después, es decir desde los primeros momentos del reinado de Felipe V, comienzan a aparecer grupos disidentes que van creciendo a medida que la confrontación internacional se aproxima al escenario español. A este respecto la primera señal de alarma la constituyó la llegada de la escuadra aliada a la bahía de Cádiz, cuya noticia circuló por Valencia en los primeros días de septiembre de 1702 y dio ánimos a los descontentos para intensificar sus reuniones clandestinas y propagar más abiertamente sus ideas. Como réplica, Villagarcía, de acuerdo con la junta formada para estos asuntos, ordenó el castigo de numerosos sospechosos de disidencia, de los cuales algunos fueron a parar a presidio, lo que unido al hecho de que los enemigos no se aproximaran a las costas valencianas en esta ocasión aquietó algo los ánimos.

De nuevo en 1703 y en las mismas fechas la armada enemiga hizo su aparición en el estrecho de Gibraltar para dirigirse después hacia el Mediterráneo y detenerse en Altea donde efectuó un desembarco apoyado y favorecido por sus habitantes. Coincidiendo con esta primera visita de los barcos enemigos proliferó la circulación de papeles subversivos y de cartas del Archiduque dirigidas a diversas personalidades valencianas, entre ellas el arzobispo y el conde de Cardona, además de las ciudades de Valencia y Alicante.

A pesar de que en 1704 se frustró el intento de la escuadra anglo-holandesa para desembarcar en Cataluña, su paso por las costas valencianas, al igual que un año antes, sirvió para que, el que después había de ser cabeza del austracismo, Juan Bautista Baset y Ramos iniciara sus primeros contactos con vistas a organizar una sublevación. Otro enviado del imperio, Francisco García de Avila, se dedicó a recorrer el país prometiendo a los campesinos la abolición de los derechos señoriales si apoyaban el partido carolino.

A la propagación del movimiento austracista contribuyeron desde sus comienzos y de forma muy decisiva los eclesiásticos. Son continuas las noticias sobre envíos a presidio, destierros y amonestaciones hechas por la jurisdicción real o eclesiástica a religiosos de diversos conventos y pueblos, en especial del convento de capuchinos de Alcira, del de agustinos de Vinaroz, carmelitas calzados de Alicante, y en Valencia capuchinos, dominicos y franciscanos observantes. Tanto el virrey, marqués de Villagarcía, como el Arzobispo, fray Antonio Folch de Cardona, llevaron a cabo una intensa campaña contra todos aquellos aunque con resultados poco satisfactorios.

Otro factor que impulsó a los valencianos a manifestar su apoyo al Archiduque tiene su precedente en la tradicional enemistad de aquéllos respecto de los franceses, agravada a raíz de las guerras sostenidas en el último tercio del siglo XVII y que culminaron con el brutal bombardeo de Alicante de 1691, seguido, como es lógico, de levantamientos populares contra la minoría gala. Este odio se fue incrementando en los primeros años del Setecientos, cuando la entronización de Felipe de Anjou como rey de España y la guerra con Austria y sus aliados cerró todo el comercio de importación y exportación con éstos, quedando todo él prácticamente en manos de los franceses. Pero no sólo es que estos últimos pasaron a ocupar una situación privilegiada por falta de competencia sino que también los campesinos valencianos vieron cómo se cerraba la salida de sus productos hacia los mercados tradicionales,

especialmente Inglaterra y Holanda, con las consiguientes graves consecuencias que ello acarrea. Los productos más afectados eran barrillas, almendras, jabones, anises, pasas, lanas y vino procedentes de las comarcas del Bajo Vinalopó, l'Alacantí, la Marina, el Campo de Murviedro y el Maestrazgo. Por otro lado la prohibición de comerciar con los aliados perjudicó seriamente el abastecimiento de las clases económicamente menos privilegiadas al cesar las importaciones de pescas saladas procedentes del norte de Europa. También las drogas y especias escaseaban por esta situación. Como se trataba de un problema de general repercusión, las ciudades de Valencia y Alicante, así como la Junta Patrimonial y la Generalidad llevaron a cabo gestiones para reactivar el comercio y a este fin se solicitó de Felipe V la concesión de las licencias de contrabando tal y como las tenían concedidas Aragón y Cataluña y que les permitían importar productos de países enemigos en barcos neutrales a cambio de la salida de sus géneros y del pago del 10 por ciento de su valor en concepto de la referida licencia. Sin embargo, no pudo obtenerse una respuesta favorable. Es perfectamente comprensible, pues, que las zonas afectadas buscaran por todos los medios una salida a sus cosechas y que todo el país se opusiera al monopolio comercial francés y que por tanto creyeran que ambos problemas tenían su solución en la causa austracista.

Pero además de estas motivaciones socioeconómicas, ya de por sí dignas de consideración, contribuyó no poco al fomento de la corriente revolucionaria la política del virrey que minimizó en todo momento el problema sin aplicar una terapéutica eficaz a la creciente subversión, favoreciendo de esta forma su auge y expansión. Y si a todo ello añadimos el hecho de que la defensa militar del reino estaba encomendada a sus propios habitantes sin que hubiera en todo él tropas regulares, queda explicado cómo, llegado el momento oportuno, se proclamó por rey a Carlos III.

En agosto de 1705 se inició la sublevación en Denia, donde desembarcó como representante del Archiduque el valenciano Juan Bautista Baset y Ramos, quien, desde 1670, había estado al servicio de la Casa de Austria en Italia y Alemania, pasando con el Archiduque a Portugal en 1704. A cambio de la concesión de importantes franquizas en su puerto, de diversos privilegios a sus habitantes y de la promesa de voto en cortes Denia, proclamó por rey a Carlos III el 18 de agosto de 1705. Inmediatamente se trató de organizar la contraofensiva, para lo que se solicitó de Felipe V el envío de tropas al mismo tiempo que

las milicias del país iniciaban el bloqueo de Denia para evitar que sus habitantes recibieran cualquier clase de ayuda de los lugares vecinos, si bien era imposible impedir su aprovisionamiento por mar.

Cuando don José de Salazar, al frente de la caballería enviada por el Borbón, llegó al campo de Denia en los primeros días de septiembre, Baset había puesto ya la plaza en situación de poderse defender, por lo que era necesario un asalto en toda regla. La actuación de Salazar, al castigar brutalmente a los lugares de la Marina que habían ayudado a los sublevados, provocó el temor entre los restantes, consiguiendo así de momento contener la sublevación. Pero los acontecimientos de Cataluña no ofrecían buen cariz para la causa borbónica; él y sus tropas fueron casi inmediatamente contramandadas para el principado, donde se consideraba más necesaria su intervención. Aunque quedaron en Gandía dos regimientos —uno de ellos de catalanes—, la marcha de Salazar trajo consigo el regreso de la mayor parte de los campesinos que, temerosos de la severidad con que aquél había tratado a los lugares más implicados en la revuelta, se habían refugiado en los montes y que pasaron a engrosar las filas del austracismo.

Al tiempo que se había levantado el asedio de Denia llegaban insistentes rumores de haberse sublevado Cataluña y de que pronto la armada aliada pasaría a las costas valencianas para continuar la obra comenzada por Baset. Ante la falta de tropas y el temor a una sublevación general, gran parte de la nobleza decidió pasar a sus respectivos estados con el fin de hacer frente a la situación, así, el duque de Gandía, uno de los más directamente amenazados por la revuelta, trataba de organizar tropas formadas por vasallos de probada fidelidad.

A finales de septiembre, Tortosa se entregaba de buen grado a los migueletes —tropas voluntarias austracistas—, y a este hecho de extraordinaria importancia venía a sumarse la noticia de que Baset había enviado a Vinaroz armas y gente. En efecto, en los primeros días de octubre surgía otro foco revolucionario en el Bajo Maestrazgo y todos los intentos por dominarlo resultaron fallidos. La situación permaneció más o menos estacionaria hasta que la pérdida de Barcelona para la causa borbónica aceleró la caída de Valencia. A finales de noviembre fue descubierta una conjura para entregar Castellón a las tropas carolinas, fraguada por el conde de Cifuentes y el prior dominico de dicha villa. Mientras, en la Marina aumentaba el número de campesinos que se ponían bajo las órdenes de Baset. Por eso, cuando el regimiento de catalanes, uno de los dos que habían de hacer frente a los sublevados, desertó de su campo el general austracista, se decidió a abandonar



Denia y emprender la marcha hacia la capital del reino. Tras ocupar Oliva, Gandía y Alcira llegaron a las puertas de Valencia el 16 de diciembre de 1705. Se solicitó la rendición de la ciudad, pero el marqués de Villagarcía se negó a una respuesta concreta, basándose en que un mes antes Felipe V había nombrado como nuevo virrey al duque de Arcos, que aún no había venido a posesionarse del cargo. Esta inhibición del marqués convirtió en decisivo el acuerdo del Consejo General que tras ser convocado urgentemente acordó proclamar como rey a Carlos III.

Al mismo tiempo que la multitud aclamaba jubilosamente al general austracista y celebraba la proclamación del nuevo rey se llevaba a cabo, entre bastidores, una pugna por el poder. Baset había participado el nombramiento de virrey a favor del conde de Cardona y lugarteniente general de la orden de Montesa, don José de Cardona, personaje que no gozaba de ninguna simpatía ni apoyo ni entre la misma nobleza ni entre el pueblo. Esta provisión fue, pues, en general, mal vista, pero inmediatamente se hicieron gestiones para intentar revocarla. El candidato que contaba con el apoyo de las altas esferas valencianas era el arzobispo don Antonio Folch de Cardona, y que, al parecer, tenía aspiraciones personales al virreinato. Sin embargo, todas las instancias resultaron vanas y ello trajo como consecuencia que gran parte de la nobleza, indecisa, pasara a Castilla a ponerse al lado de Felipe V, como también lo haría el propio arzobispo, camino elegido además por la gran nobleza terrateniente, contraria a satisfacer las pretensiones de los campesinos.

A pesar del nombramiento de virrey, hecho por el general austracista a favor del conde de Cardona, fue necesario esperar la llegada del real privilegio, por lo que de momento no pudo ejercer su autoridad, quedando como mando supremo en el reino Juan Bautista Baset. Este período de gobierno militar duró hasta el 7 de febrero, en que tomó posesión Cardona y durante este tiempo, casi dos meses, la política de Baset se desarrolló en tres frentes: atracción de las clases populares, represión de la nobleza, franceses y otros desafectos y organización de la defensa de la ciudad amenazada por las tropas borbónicas.

El general austracista había declarado la exención de los vasallos a pagar los derechos señoriales y también los habitantes de Valencia y de su particular contribución obtuvieron concesiones. Durante los primeros días de su gobierno se permitió en los portales de acceso a la ciudad la entrada de vituallas o mercancías sin obligar a su manifiesto ni al correspondiente pago de las sisas establecidas como una prueba de lo prometido por Baset. Sin embargo, esta situación perjudicaba enor-

memente a la ciudad, cuyos fondos provenían en gran parte de dichas sisas e imposiciones, por lo que tres días después de la proclamación del Archiduque como rey, mandó publicar un pregón por el que se prohibía introducir cualquier mercancía sin hacer el correspondiente manifiesto en la forma establecida. Como, naturalmente, estas medidas habían de provocar la desilusión de los habitantes de la huerta y sus consecuencias afectarían también a los de intramuros, con el consiguiente peligro de alteración del orden público, la misma ciudad trató de compensar esta prohibición con algunas concesiones de menor cuantía, como fueron franqueza perpetua del derecho de **quema** y del impuesto que pagaban en los portales la fruta verde, aceite y carbón que entrasen de acarreo y exención durante tres años del derecho de **menjadors**.

Sin embargo, todo ello no era suficiente para complacer a los más exaltados austracistas que exigían medidas más drásticas contra la nobleza y los franceses. Tras el motín del 28 de diciembre se arreció la persecución de los disidentes cuyos bienes eran confiscados y vendidos en pública subasta, al mismo tiempo que se realizaban frecuentes embarcos para Barcelona. A consecuencia de todos estos acontecimientos, el terror se había extendido entre los **botiflers**, muchos de los cuales habían huido buscando refugio en los conventos, aunque tampoco éstos ofrecían demasiada seguridad.

Este estado de cosas venía motivado, en parte, por la inseguridad defensiva de la propia Valencia, amenazada muy de cerca por las tropas borbónicas. Primero en Chiva y después en Burjasot, Baset sufrió dos reveses militares que habían de exasperar más los ánimos y acentuar las medidas de represión y seguridad dentro de la ciudad. Mientras, eran insistentes las demandas de auxilio al Archiduque quien desde Barcelona envió en ayuda de Valencia al general inglés Peterborough. Con su presencia trataba de devolver a la causa austracista el desprestigio que le había acarreado la actuación de Baset que se había enajenado muchas simpatías, incluso de partidarios del Archiduque, especialmente entre la clase privilegiada.

La llegada de Peterborough a Valencia el 4 de febrero y el juramento de virrey hecho tres días después por el conde de Cardona supusieron un cambio radical en el desarrollo del movimiento austracista. Las primeras medidas tomadas fueron las de poner en libertad a muchos sospechosos de ser borbónicos detenidos por Baset y perseguir a algunos colaboradores de éste acusados de malversación de fondos e incluso él mismo estuvo a punto de ser detenido pero el temor a una posible reacción popular hizo desistir por el momento de tal idea. Cardona trató por todos los medios de atraerse a la nobleza, con la que no mantenía

relaciones muy cordiales, concediéndola una participación en el gobierno. Asimismo reorganizó la Audiencia y nombró en interinidad dos juntas de secuestros, secular y eclesiástica, con el fin de administrar los bienes de aquellos que habían marchado junto a Felipe V: el arzobispo de Valencia, obispo de Tortosa, duques de Gandía y Segorbe, condes de Almenara, Parcent, Albátera, Sumacárcer, Real, condesa de Villanueva, marqueses de Belgida, Benavites y Llombay, señor de Manises, entre otros.

Sin embargo, la actuación más importante llevada a cabo por Cardona y la Audiencia nombrada por él fue la de zanjar legalmente el tan debatido problema de la abolición de los derechos señoriales ofrecida en nombre del Archiduque a los valencianos. Como ya lo había hecho antes la Ciudad al prohibir la entrada franca de mercancías por los portales, puesto que ello repercutía en una disminución considerable de sus ingresos, ahora la nobleza austracista, de la que Cardona era uno de sus más relevantes componentes, estaba muy interesada en solucionar la cuestión planteada por la negativa de los vasallos a satisfacer los derechos correspondientes. Esta negativa afectaba a la causa austracista bajo una doble vertiente, por un lado la nobleza veía no sólo disminuidos sus intereses sino puesta en duda la legitimidad de su jurisdicción, y por otra parte como las haciendas de los disidentes habían ido a parar al fisco real para sufragar los gastos de la guerra su disminución ocasionaba serios perjuicios a la economía austracista. Como es lógico, ante las repetidas instancias de los señores para que respaldara sus derechos, la Audiencia sancionó en todas las ocasiones la razón de éstos al exigir el cobro de los derechos correspondientes. Con esta respuesta se daban al traste legalmente las aspiraciones de los campesinos, que habían seguido y apoyado al Archiduque confiando en las promesas hechas en su nombre y era el propio austracismo el que cerraba el paso a sus reivindicaciones.

Pero sin duda el golpe más duro para la causa popular fue la detención en Játiva del líder austracista Juan Bautista Baset que tras la llegada de Peterborough había sido alejado de la capital y enviado a Alcira para organizar su defensa. De allí pasó a Játiva donde las tropas filipinas le habían sometido a un duro asedio hasta el punto de poner a la ciudad en situación realmente apurada. Sin embargo, el general valenciano había podido conjurar felizmente el peligro y de esta manera alejar la amenaza que se cernía sobre la propia Valencia. Cuando en los primeros días de junio se conoció la retirada de los borbónicos de Játiva se interpretó como una victoria personal más del general austracista hasta el punto de celebrarse públicamente. Por eso cuando a finales de dicho mes se

conoció la prisión de Baset en el castillo setabense, Peterborough hubo de reforzar la vigilancia en Valencia con el fin de evitar cualquier incidente.

El 30 de septiembre de 1706 llegó a Valencia el Archiduque Carlos cuyo gobierno estuvo presidido por la necesidad de arbitrar fondos con que hacer frente a los numerosos gastos de la guerra. En principio se pensó en la posible celebración de Cortes para obtener efectivos, pero después se deshechó la idea porque las circunstancias no lo hacían aconsejable y el servicio podría obtenerse igualmente sin necesidad de celebrarlas. Este problema económico se veía agravado por la negativa —y en algunos casos la imposibilidad— de los campesinos de satisfacer las prestaciones señoriales en especial por lo que tocaba a las haciendas confiscadas y que dificultaba en extremo la buena marcha de las Juntas de Secuestros cuyos fondos se aplicaban a gastos generales de la guerra. Analizado de nuevo el problema, esta vez por la Junta Política del Archiduque, el resultado fue el mismo que el que ya había establecido la Audiencia.

En consonancia con este estado de cosas y en función del problema económico el austriaco aprovechó sus estancias en Valencia para declarar nulas todas las gracias, mercedes, dignidades y oficios concedidos por Felipe V y efectuar una reorganización de los cargos públicos, que eran otorgados a sus más destacados partidarios. Paralelamente se concedió a los Estamentos, Ciudad y Diputación diversos títulos y gracias mientras algunos particulares recibían títulos nobiliarios o privilegios. Todo ello, naturalmente, a cambio de importantes donativos. Dentro de esta línea cabe insertar el privilegio de acuñación de plata concedido a la Ciudad.

Todas las miras estaban puestas en la campaña militar que se preparaba para la primavera de 1707, pero dado que las perspectivas que ofrecía no eran del todo halagüeñas y resultaba peligroso esperar su resultado en una ciudad tan mal fortificada como Valencia, Carlos III abandonó el reino para dirigirse a Barcelona. Tras su marcha, efectuada en los primeros días de marzo, junto con la de sus colaboradores más directos y de sus partidarios más acérrimos, Valencia, bajo el virreinato del conde de la Corzana, permaneció a la expectativa de los resultados de la campaña.

El nuevo virrey, don Francisco Hurtado de Mendoza, siguió la línea marcada por el Archiduque en cuanto a continuar las confiscaciones de disidentes y realizar los preparativos militares. Su gobierno fue, sin

embargo, muy breve, pues al conocer la derrota sufrida en Almansa por las tropas austracistas huyó de Valencia para dirigirse a Barcelona.

El ejército borbónico, vencedor en la batalla de 25 de abril y dirigido por el duque de Berwick, artífice de la victoria, y el duque de Orleáns, inició la reconquista del reino de Valencia sin encontrar demasiada resistencia ya que las tropas austracistas habían huido o se habían refugiado en alguna plaza fuerte con posibilidades de defensa. Valencia fue inmediatamente abandonada por el ejército carolino y por el mismo virrey. Así cuando el duque de Orleáns intimó la rendición de la ciudad la decisión del Consejo General fue definitiva como ya antes lo había sido para acordar la proclamación del Archiduque, si bien ahora el resultado de las deliberaciones, a pesar de ser más prudentes, no fue bien acogido por la mayor parte de los carolinos.

El día 8 de mayo la Ciudad acudió a prestar la obediencia al duque de Orleáns y con su rendición se conseguía la de casi todo el país que por falta de defensa no podía oponer resistencia al vencedor. Tan sólo Alicante, Alcoy, Denia, Játiva, Alcira y Morella, que gozaban de buenas condiciones estratégicas, permanecieron de momento al margen del dominio borbónico, aunque inmediatamente se emprendió su recuperación. Mientras el duque de Berwick decretaba el desarme general, el caballero D'Asfeld ponía sitio a Játiva que tras ser heroicamente defendida por sus habitantes cayó finalmente en manos de las tropas borbónicas y tuvo que sufrir su brutal destrucción.

Desde un primer momento, al paso que se trataba de obtener la sumisión de todo el país, se organizó una sistemática persecución prohibiendo la posesión y uso de armas, pero la frecuencia con que se repiten los bandos indica el grado de resistencia de los valencianos a desprenderse de ellas.

El decreto de 29 de junio declarando la abolición de los fueros y la implantación de las leyes castellanas acrecentó esta resistencia a la que no fue ajena la crueldad demostrada por el caballero D'Asfeld, no sólo en Játiva sino en todo el país. Contribuía también a ella la esperanza de que pronto el Archiduque había de enviar tropas para recuperar la ciudad y, sobre todo, la noticia de que el general austracista Juan Bautista Baset había sido puesto en libertad y desde Lérida, donde había permanecido prisionero, se había pasado a Denia, convertida ahora, tras la caída de Játiva, en importante foco de resistencia.

Como secuela de la batalla de Almansa y de la represión iniciada por los vencedores gran número de campesinos se vieron precisados a huir o esconderse para no ser víctimas de las venganzas de los **botiffers**. Refugiados en las zonas más agrestes o al abrigo de algún reducto austracista se lanzaban al robo, asalto o secuestro de los borbónicos. Por otro lado no dudaban en hostigar a los pueblos que más se destacaban en la fidelidad a Felipe V y sobre todo trataban de dificultar el avance y suministro de las tropas filipistas que se dirigían contra Cataluña, siendo su objeto principal el asalto de los convoyes militares. Al norte del país estos grupos tenían como base el Maestrazgo, actuando a caballo de la frontera de Aragón y Cataluña y al sur las ciudades de Denia, Alcoy y Alicante hasta que fueron sometidas. Pero contra lo que pudiera parecer, una vez dismanteladas las últimas posiciones austracistas, el malestar y la intranquilidad social aumentaban de día en día. El año de 1709 fue especialmente crítico, pues a la introducción de los nuevos tributos castellanos, sin aminorar los ya existentes, y al continuo mantenimiento de las tropas venía a sumarse la escasa cosecha de trigo con la consiguiente escasez y aumento de precio. Ante estas perspectivas, la posibilidad de dedicarse al robo y al asalto fue seguida por no pocos, incrementándose así de forma alarmante la actividad de los migueletes y demás cuadrillas de bandoleros.

1710 fue el año de máxima expansión de estos grupos, debido al progresivo aumento de las imposiciones hasta el punto de que el mismo ayuntamiento borbónico redactó un memorial a Felipe V sobre la precaria situación por la que atravesaba el reino. Además, el hecho de que al iniciarse la campaña militar la mayor parte de las tropas hubieran sido trasladadas a Cataluña dio a estos migueletes más seguridad para llevar a cabo sus impunes correrías. Por primera vez se les presentaba a los austracistas la posibilidad de recuperar Valencia, tal y como se venía prometiendo a los valencianos tras la batalla de Almansa. El plan consistía en aprovechar la falta de tropas filipinas para que los migueletes, con unas pocas tropas enviadas desde Barcelona, provocaran el levantamiento de la capital, cuyo ejemplo seguirían la mayor parte de las ciudades, villas y lugares. De esta manera, sublevada de nuevo Valencia, las tropas borbónicas se verían obligadas a aflojar su presión sobre Cataluña para sofocar la nueva revuelta. Y para asegurar de nuevo el triunfo de la empresa los austracistas prometían a los valencianos no la abolición de los derechos señoriales, que había resultado inviable, sino la restauración de los fueros y, por tanto, la supresión de todos los nuevos impuestos castellanos, que eran la principal causa de descontento y malestar.

La ocasión propicia para llevar a cabo este plan de apoderarse de Valencia se presentó en septiembre de dicho año tras la victoria carolina de Zaragoza. Sin embargo la ocasión no fue aprovechada y unos meses después, recuperadas ya las fuerzas borbónicas, el Archiduque era derrotado en Brihuega y Villaviciosa, lo que aseguraba definitivamente a Valencia bajo Felipe V.

El año de 1711 fue decisivo en cuanto a la extinción de migueletes, pues si en un principio eran los mismos valencianos quienes los apoyaban poco a poco habían ido retirándoles su ayuda a la vista de los desmanes y atropellos que cometían. La colaboración de grupos de paisanos con las tropas borbónicas desconocedoras del terreno fue de gran importancia. No lo fue menos la política llevada a cabo por don Francisco Caetano, que se había hecho cargo del mando supremo en el reino tras la marcha de D'Asfeld, al obligar a todos los lugares a la persecución de las cuadrillas y ofreciendo la exención de impuestos a aquéllos que entregasen a cualquier miguelete y el indulto a los que abandonaran el monte para ajustarse. La eficacia de estas medidas se dejó sentir bien pronto en la captura de numerosos bandidos, cuyas correrías acababan en la horca, y en el ajuste de no pocas cuadrillas, algunas de las cuales se dedicaban a su vez a la persecución de sus antiguos compañeros.

Durante 1712 y 1713 asistimos ya a los últimos coletazos de las cada vez más desorganizadas cuadrillas, tanto más dispersas cuanto más se reducían las posibilidades de la causa carolina con la marcha del Archiduque para ser coronado emperador. El fin de la guerra en la península significó en líneas generales el fin de estos grupos, si bien algunos de ellos, pequeños e inconexos, tardarían en desaparecer.